
Textos - Imagina estos retratos

Centenario Delibes / Pérez Galdós

1)

(**Ana**) Todavía parece que la estoy viendo, a la mañana siguiente, sentada en la estera del refugio, el vaso de zumo de naranja con que se desayunaba sobre un tajuelo, divertida de mi desorientación, su pequeña cabeza morena coronando su delgado cuello, firme y fragilísimo [...] Admitía cualquier cosa antes que engordar un kilo. ¡Era tan armoniosa su figura [...] La veía en el cuadro, bella grácil, desenvuelta, las perlas en el cuello, los brazos morenos, tan sensuales.

Miguel Delibes *Señora de rojo sobre fondo gris*

2)

(**Augusto Miquis**) Aquel semblante pálido y moreno, tan moreno y tan pálido que parecía una gran aceituna; aquella brevedad de la nariz contrastando con el grandor agraciado de la boca, cuyos dientes blanquísimos estaban siempre de manifiesto; aquella ceja ancha, tan negra y espesa que parecía cinta de terciopelo, y aquellos ojos garzos donde anidaban traidoras todas las malicias y toda la ironía del mundo; aquella fealdad graciosa, aquella desenvoltura de maneras, aquel abandono en el vestir...

Pérez Galdós *La desheredada*

3)

(**Camila**) Era la menos guapa de las tres hermanas, bastante morena, esbeltísima, vigorosa, saludable como una aldeana, y se jactaba de que jamás un médico le había tomado el pulso. Su agilidad era tan notable como aquella coloración caliente, sanguínea de su piel limpia y tostada, indicio de un gran poder físico. Sus ojos eran grandes, profundamente negros y flechadores, como algunos que solemos ver cuando visitamos un manicomio. Francamente, me pareció que si no era loca le faltaba muy poco.

Pérez Galdós *Lo prohibido*

4)

El bien contorneado pecho del adolescente, de color rosa tostado, signo de la más vigorosa salud. La cabeza de **Celín** era de una hermosura ideal: la tez morena, por la acción constante del sol; los ojos expresivos, grandes y luminosos; la boca siempre risueña; la dentadura blanca como la leche y fuerte como el hierro, pues Celín ponía entre ella un mediano palo, y lo partía como si fuera una pajita.

Pérez Galdós *Celín*

5)

...una buena fotografía de **Constantino**, retratado como suelen hacerlo los que presumen de atletas, esto es, con sencillez estatuaría, el cuerpo a lo gimnasta, con almilla y grueso cinturón, cruzados los brazos para que se le viera bien el desarrollo del bíceps y de los músculos del tórax, y con un empaque y mirar arrogante que movían a risa.

Pérez Galdós *Lo prohibido*

6)

...una **Elisa Sendín** desconocida. Se había cortado las coletas y había jubilado su uniforme de colegiala [...] Tenía los ojos pequeños y rasgados muy brillantes, como su madre. El pelo corto alargaba su garganta y le daba un aire de graciosa fragilidad. Su cuerpo conservaba aún la vaga imprecisión de la adolescencia.

Miguel Delibes *Mi idolatrado hijo Sisí*

7)

Era **Fernanda** una moza de opulenta hermosura, flor de la ibérica raza, traslado y reproducción femenina de su padre, de quien tenía los ojos negros y la mirada quemadora, la riqueza sanguínea, el cuerpo espigado, el andar resuelto, la terquedad aragonesa batida en el yunque riojano. Era de ventajosa talla; en las anchuras moderada, en las delgadeces recogida; la tez morenita, la boca no pequeña, roja y dulcísima.

Pérez Galdós *España sin rey*

8)

(**Fidela**) Mucho más joven que su hermana, el tipo aristocrático presentaba en ella una variante harto común. Sus cabellos rubios, su color anémico, el delicado perfil, la nariz de caballete y un poquito larga, la boca limpia, el pecho de escasísimo bulto, el talle sutil, [...] enclenque de nacimiento y desmedrada luego por una educación de esa. Todo esto y algo más se veía bajo aquel humilde empaque de fregona, que más bien parecía invención de chicos que juegan a las máscaras.

Pérez Galdós *Torquemada en la cruz*

9)

(**Gloria**) Era su boca un poquito grande y su nariz casi más pequeña de lo regular; pero el conjunto no podía ser más hechicero. Sus labios encendidos eran la más hermosa y dulce fruta que puede ofrecerse [...] Contrastaba con la exaltación, la flamígera viveza de sus ojos negros, que tan pronto resplandecían con súbito rayo, tan pronto se abatían con lánguida pereza. Mirando como miraba, ponía en sus ojos el reflejo de una conciencia pura. Aquella sensibilidad profunda, dispuesta a desarrollarse a tiempo, y no encendida todavía con verdadero fuego, a todas horas echaba chispas...

Pérez Galdós *Gloria*

10)

(**Gloria Sendín**) No era bonita, pero con sus ojos pequeños levemente oblicuos, y su sonrisa, un poco dentona, resultaba muy atrayente. Y su fino talle, y su gusto discreto, y su flexibilidad, y su trajecito marrón con encajes ocre muy bien cortado. A Adela le sedujo también la juventud de gloria y su aire desgachado de niña torpe y su perpleja timidez.

Miguel Delibes *Mi idolatrado hijo Sisí*

11)

(**Dr. Golfín**) Era un hombre de mediana edad, de complexión recia, buena talla, ancho de espaldas, resuelto de ademanes, firme de andadura, basto de facciones, de mirar osado y vivo, ligero a pesar de su regular obesidad, y (dígase de una vez aunque sea prematuro) excelente persona por doquiera que se le mirara.

Pérez Galdós *Marianela*

12)

(**Irene**) Era niña poco alborotadora y que no gustaba de enredar. Fuera de aquella ocasión de las botas, nunca la vi saltando en mi cuarto, ni metiendo bulla. Generalmente se sentaba callada y juiciosa como una mujer, o miraba una tras otra las láminas colgadas en la pared, o pasaba revista a los rótulos de la biblioteca, o cogía, previo permiso mío, cualquier librote de ilustraciones o viajes para recrearse en los grabados.

Pérez Galdós *El amigo Manso*.

13)

Sus labios, empapados en el ácido de la naranja, tenían un carmín intensísimo [...] Sus diente-cillos blancos, de extraordinaria igualdad y finísimo esmalte, mordían los dulces cascós [...], **Isidora** ponía en movimiento los dos hoyuelos de su cara, que ya se ahondaban, ya se perdían, jugando en la piel. La nariz era recta. Sus ojos claros, serenos y como velados, eran, según decía Miquis, de la misma sustancia con que Dios había hecho el crepúsculo de la tarde.

Pérez Galdós *La desheredada*

14)

Jacinto, así a primera vista, viene a ser un hombre del montón; ni alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni atildado ni sanfasón; un hombre en serie de ojos azules (grises pálidos junto al mar, que Jacinto añora, o las tardes brumosas) difuminados y aguanosos como el sol que empieza a perforar la niebla los días de invierno. Jacinto da la impresión de ser miope y a lo mejor lo es.

Miguel Delibes *Parábola del naufrago*

15)

Todavía estaba **doña Javiera** en muy buena edad, y aunque la vida sedentaria le había hecho engrosar más de lo que ordena el Maestro en el capítulo de las proporciones, su gallarda estatura, su buena conformación, y reparto de carnosidades, huecos y bultos casi casi hacían de aquel defecto una hermosura.

Pérez Galdós *El amigo Manso*

16)

Don Juan de Lantigua, hombre que iba ya mucho más allá de los cincuenta, serio, muy simpático a la vista y de fisonomía harto inteligente [...] Parecía la naturaleza corporal de aquel hombre quebrantada o por estudios o por penas. Podía también observarse en su semblante una tristeza serena, muy distinta de la teatral misantropía de los escépticos. Cuando le conozcamos mejor, veremos que aquel melancólico sentimiento, que tan claramente salía de lo hondo a la superficie de su persona, era más que descontento y hastío de sí mismo, una como lástima profundísima de los demás.

Pérez Galdós *Gloria*

17)

Leonor y Dorotea, niñas de quince y catorce años respectivamente, lindas, graciosas, de tipo aristocrático, la tez bronceada por el aire marino y el sol. Son negros sus ojos, rasgados, melancólicos; negro también su cabello, peinado al descuido en moño alto. Se lo adornan con flores silvestres, que van clavando en él como se clavan los alfileres en un acerico. La diferencia de edad, un año y meses, apenas en ellas se distingue, y por gemelas las tienen muchos, viendo la semejanza de sus rostros, y la igualdad del talle y estatura. Son ágiles, corretonas, traviesas; dos diablillos encantadores.

Pérez Galdós *El abuelo*

18)

...aquel sonoro **D. Lope** era composición del caballero, como un precioso afeite aplicado a embellecer la personalidad; y tan bien caía en su cara enjuta, de líneas firmes y nobles, tan buen acomodo hacía el nombre con la espigada tiesura del cuerpo, con la nariz de caballete, con su despejada frente y sus ojos vivísimos, con el mostacho entrecano y la perilla corta, tiesa y provocativa, que el sujeto no se podía llamar de otra manera.

Pérez Galdós *Tristana*

19)

...yo no sé si eran sus movimientos, o sus ojos, o su manera de fruncir los labios como una raya, pero tu hermano, sin ser lo que se dice guapo, era resultón. Menuda malicia se gastaba el pollo; era un algo especial, como si las pestañas suavizaran la mirada, como si acariciase sin tocar. Desde luego tenía unos ojos bonitos, **José María**, y no es que fueran muy claros, entiéndeme, pero el borde como amarillento de las pupilas le daba una expresión felina.

Miguel Delibes *Cinco horas con Mario*

20)

Sus cabellos eran negros y su tez blanca, linfática, con escasísimo carmín, y así se realzaba su expresión seria y apasionada. Sus ojos eran rasgados, grandes, de un verde oceánico, con movable irradiación de oro, y miraban con serenidad sentimental, que podría pasar por sosa, pero las miradas de **María** no tenían fama de desabridas, sino de orgullosas. Sus labios eran tan rojos como recién abiertas heridas; su cuello airoso, su seno proporcionado y sus manos pequeñas.

Pérez Galdós *La familia de Leon Roch*

21)

Es verdad que la **Guindilla mayor** se tenía bien ganado su apodo por su carita redonda y coloradita y su carácter agrio y picante como el aguardiente [...], no obstante el tono rojizo de su piel, era alta y seca como una cucaña, aunque no tenía, como esta, un premio en la punta.

Miguel Delibes *El camino*

22)

(**Marianela**) Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspondiendo a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente constituido. Era como una jovencuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia, y su cara revelaba la madurez de un organismo en que ha entrado o debido entrar el juicio. A pesar de esta disconformidad, era admirablemente proporcionada, y su pequeña cabeza remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien decía que era una mujer mirada con vidrio de disminución; alguno que era una niña con ojos y expresión de adolescente.

Pérez Galdós *Marianela*

23)

(**Mario**) ¿Qué veía yo en ti? Pues un chico muy flaco, como hambriento de cariño, ya ves tú, con los ojos tristes y los tacones roídos, que destrozas el calzado, hijo, y luego, a cada vuelta, unas miradas que partías el corazón...

Miguel Delibes *Cinco horas con Mario*

24)

(**Mica**) Nunca había visto tan próxima a la hija del Indiano y su rostro y su silueta iban haciéndole olvidar por momentos la comprometida situación. Y también su voz, que parecía el suave y modulado acento de un jilguero. Su piel era tersa y tostada y sus ojos oscuros y sombreados por unas pestañas muy negras. Los brazos eran delgados y elásticos, y estos y sus piernas, largas y esbeltas, ofrecían la tonalidad dorada de la pechuga del macho de perdiz.

Miguel Delibes *El camino*

25)

Y se arrimó a la **Mariuca** porque era flaca [...] Se enamoró ciegamente de ella porque tenía la mirada triste y sumisa como un corderillo y la piel azulada y translúcida como la porcelana.

Miguel Delibes *El camino*

26)

...las facciones de **Pepita Fúcar** destacándose en el negro cuadrado de la ventana como la figura borrosa y pálida de un lienzo antiguo. La blancura de su tez, sus cabellos bermejos, la viveza de sus ojos pequeñuelos, en cuyas pupilas brillaba una brasa diminuta, el mohín mimoso de sus labios, la graciosa ferocidad de sus dientes partiendo palitos, y principalmente su enfado, casi la hacían aparecer bella estando algo distante de serlo.

Pérez Galdós *La familia de Leon Roch*

27)

(**Paco**) ...los ojos sigue teniéndolos ideales, para mi gusto, más bonitos, si cabe, de un azul verdoso, entre de gato y de agua de piscina, y, con los años, no sé cómo explicarte, ha cogido aplomo, que yo recuerdo de chico, un chisgarabís, y ahora representa, parece alguien, y habla correctamente, que antes era una juerga.

Miguel Delibes *Cinco horas con Mario*

28)

(**Rafael el Majito**) ...un niño, el más bonito, el más gracioso, el más esbelto, el más engañador y salado que en el barrio había. Contaba a la sazón diez años, que parecían doce, según estaba el rapaz de espigado y suelto. Su cara era fina y sonrosada, el corte de la cabeza perfecto, los ojos luceros, la boca de ángel chapado a lo granuja, las mejillas dos rosas con rocío de fango; y su frente clara, despejada y alegre, rodeada de graciosos rizos, convidaba a depositar besos mil en ella.

Pérez Galdós *La desheredada*

29)

Sisí Rubes estaba alto y desarrollado para sus siete años. Tenía un pelo intensamente rubio, casi pajizo y la piel tostada, muy oscura; sus ojos azules, limpios, eran como dos lagos dentro de una tierra árida [...] Tenía el convencimiento de que aquel que no sacaba de la vida lo que deseaba es que era un tonto.

Miguel Delibes *Mi idolatrado hijo Sisí*

30)

(**Teodomira**) La llama de la lámpara iluminaba su rostro, un rostro excesivamente grande para el tamaño de sus facciones. Pero lo que más sorprendió a Salcedo fue la palidez de su carne, especialmente extraña en una mujer campesina; un rostro blanco, no cerúleo, sino de mármol como el de una estatua antigua. No había sombra de vello en aquella cara y las cejas eran muy finas, casi inexistentes. Con el cabello caoba, resaltaban sus pestañas sombreando unos ojos vivaces, de color miel [...] Entonces la miró de frente y ella le miró a su vez y, bajo su mirada intensa, dulce y afable, se enterneció.

Miguel Delibes *El hereje*

31)

El dichoso **Toni** es un tipo cuarentón, lampiño, con cara de arcángel y una mirada brillante, un poco como de fiebre. Las manos son de manicura...

Miguel Delibes *Diario de un jubilado*

32)

(**D. Manuel Pez**) Su carácter salía sin estorbo a su cara simpática, sin arrugas, admirablemente conservada, como ciertas caras inglesas curtidas por el aire libre y el ejercicio. Eran cincuenta años que parecían poco más de cuarenta; medio siglo decorado con patillas y bigote de oro oscuro con ligera mezcla de plata, limpios, relucientes, declarando en su brillo que se les consagraba un buen ratito en el tocador. Sus ojos eran españoles netos, de una serenidad y dulzura tales, que recordaban los que Murillo supo pintar interpretando a San José.

Pérez Galdós *La de Bringas*